

**Cobos sitía á Oaxaca. Terrible episodio. Derrota de los sitiadores**

1857-1858

**S**IGAMOS el orden de los sucesos, ligándolos con los generales de la República. Dice la Autobiografía que nos sirve de guía en este trabajo:

«Entretanto, el primer Congreso constitucional se había reunido en Septiembre de 1857, y el general Comonfort, electo Presidente, había inaugurado su nueva administración el 1.º de Diciembre siguiente; pero, por desgracia, y cediendo á influencias malignas del partido conservador y de pocos liberales visionarios, disolvió el Congreso el 17 del mismo mes y proclamó la dictadura, cambiando así sus títulos de Presidente constitucional por el de jefe de una asonada. El partido conservador lo arrojó á poco de la capital, y quedó en posesión de ésta hasta el 24 de Diciembre de 1860.

»Juárez había sido electo Presidente de la Suprema Corte de Justicia, lo que le daba carácter de Vicepresidente, y había sido nombrado por Comonfort, ministro de Gobernación, al inaugurar su período constitucional. Así, pues, tuvo que dejar á Oaxaca, y cuando lo hizo fué nombrado gobernador del Estado el licenciado D. José María Díaz Ordaz. Al dar Comonfort su golpe de Estado, arrestó al Vicepresidente de la República, poniéndolo él mismo en libertad cuando los conservadores lo arrojaron de la capital. Entonces Juárez estableció el Gobierno constitucional sucesivamente en Querétaro, Guanajuato, Guadalajara, y al fin en Veracruz, en donde permaneció hasta Enero de 1861, que volvió á México.»

Efectivamente, elegidos conforme á la nueva Constitución, Presidente de la República el general D. Ignacio Comonfort, y Presidente de la Suprema Corte de Justicia de la nación, el licenciado don Benito Juárez, quien por ministerio de la ley debía substituir en sus faltas al Presidente, no bien se hizo la declaratoria respectiva, cuando asoman dudas respecto de la marcha política del primer alto funcionario. Por la prensa, y ante la Cámara, pronto se presentaron acusaciones, expresando que el general Comonfort preparaba un golpe de Estado para romper las instituciones que había protestado guardar el 5 de Febrero. A aquel hombre le faltó la fe en la causa á que tanto había servido. Puesto de acuerdo con el general Zuloaga, se confeccionó un Plan en Tacubaya contra las instituciones liberales, que fué dado á luz el 17 de Diciembre. Comonfort, rompiendo sus títulos de primer magistrado de la República, acepta aquel Plan, para ser luego desconocido por el mismo Zuloaga y los conservadores que con él se unieron. Se bate con ellos en la capital, y es vencido; pero esto no

obstante, se le guardan consideraciones, y se le permite salir con las pocas fuerzas que le quedaron fieles. El día 2 de Febrero de 1858 dió un manifiesto en Jalapa, anunciando que se expatriaría, y el 7 se embarcó en Veracruz, con destino á los Estados Unidos.

El Presidente de la Suprema Corte, D. Benito Juárez, llamado por ministerio de la ley á substituir al Presidente de la República, después de expedir un manifiesto en Querétaro, organizó su gobierno en Guanajuato, en tanto que los conservadores, en México, nombraban su Presidente á Zuloaga.

Una mayoría de los Estados se coaligó para luchar por la Constitución de 1857.

Debido á la conducta de Comonfort, los reaccionarios, que estaban abatidos por todas partes, se hicieron de improviso dueños de la capital; dueños de una poderosa división triunfante; dueños de cuantiosos pertrechos de guerra y de inmensos elementos morales. El partido constitucional, mortalmente herido, tenía que sostener más cruda, más tremenda guerra.

Visto así el angustioso cuadro que presentaba el país, volvamos á nuestra biografía.

El capitán Díaz sufría, por la herida que recibiera, penosa convalecencia en la ciudad de Oaxaca; pero ello no obstante, se aprovechaban sus servicios. Así es que, habiendo salido á expedicionar el mayor Montiel, quedó encargado de la Mayoría del cuerpo á que pertenecía.

Para evitarse perjudiciales fatigas, pues mal podía andar el convaleciente, se instaló Díaz en su propio cuartel, que lo era el convento de Santo Domingo.

En tales circunstancias, el coronel D. José María Cobos se apodera en parte de la capital de Oaxaca, en la segunda quincena de Diciembre de 1857, estableciendo su cuartel general en Palacio, en tanto que el gobernador Díaz Ordaz y el coronel Ignacio Mejía, que mandaba en jefe las fuerzas liberales, se hacen fuertes en los conventos de Santo Domingo, el Carmen y Santa Catarina, que por su maciza construcción, su enlace y situación topográfica se prestaban al efecto.

Dichos señor gobernador y coronel se lamentaban en Santo Domingo, en presencia de Díaz, de la falta de jefes en tan apurada situación; y entonces el citado Díaz expuso con vehemencia que podían contar con sus servicios, pues que haciendo esfuerzos, dominaba su mal estado de salud. Tales servicios, con entusiasta empeño ofrecidos, fueron aceptados, y se nombró al capitán, comandante del puesto de Santa Catarina, que debía atrincherarse inmediatamente, del modo que posible fuera.

Como la compañía de granaderos, de que era capitán nato Porfirio Díaz, por su disciplina é instrucción, era la más aprovechable para efectuar salidas ofensivas, al entregársele á dicho capitán el convento de Santa Catarina, se pusieron á sus órdenes para defenderlo, no aquella compañía, sino varios piquetes de guardias nacionales, que en conjunto sumaban sesenta hombres.

Con esa fuerza se guarneció, pues, y se fortificó el punto, y se estableció una comunicación á cubierto con el cuartel de Santo Domingo.

Figuraban en ella, como oficiales, el capitán D. Ramón del Pino, el subteniente D. Marcos Carrillo, que después llegó á la alta jerarquía de general de división, y el alférez D. Vicente Bolaños, que existe en calidad de teniente coronel.

Cobos, con tropas más numerosas, sitió á las liberales en los tres principales puntos que ocupaban, y aquella situación se prolongó, sucediéndose las peripecias de constantes combates parciales.

Habían corrido así veinte días, penosos para las fuerzas sitiadas, á las cuales empezaron á escasear las municiones de boca y guerra, produciendo tal escasez la consiguiente desmoralización en el

ánimo de la tropa. Cuando más se hacía sentir la falta de víveres, el capitán Díaz se apercibe de que una barricada, levantada por el enemigo, la constituían sacos repletos de harina, y ello le inspiró la idea de apoderarse de aquel precioso elemento de subsistencia. Desde luego propuso al gobernador Díaz Ordaz un atrevido plan para conseguir el objeto, y como á dicho gobernador le pareciera temerario, de pronto lo desechó; mas sin duda habló de él al coronel D. Ignacio Mejía, porque este jefe llamó en breve al capitán, y después de larga conferencia, convino con él en que se realizaría lo proyectado.

Semejante resolución dió lugar á un tremendo episodio.

El capitán Díaz obtuvo de su jefe que pusiera á su disposición veinticinco hombres de su compañía de granaderos para realizar la temeraria empresa, á los cuales, prevalido de la obscuridad de la noche, debía hacer pasar de uno á uno la calle de separación con la hilera de manzanas que formaban la línea contraria, y cuya calle podía ser barrida por la fusilería de un puesto enemigo. Había que forzar, sin ruido, una puerta en la acera contraria de dicha calle, por el primero que la atravesara, para que se fueran guareciendo los demás conforme fuesen llegando, con el fin de partir de allí, todos reunidos, á efectuar la segunda parte de la operación. Ésta consistiría en horadar la manzana, pasando por varias casas, hasta llegar á ocupar las ventanas de la última, que quedaban á retaguardia y flanco de la barricada de sacos de harina; casa que, por descuido, no tenían ocupada los sitiadores.

Con el fin de distraer fuertemente la atención de los defensores de la barricada, dos compañías tendrían que apostarse cerca de ella, en las esquinas, para tirotearla; y así el fuego, además, evitaría que se oyese el ruido del trabajo de zapa, que, aunque habría de verificarse con precaución, no daría la seguridad requerida para el caso.

Por otra parte, en la barricada amiga, frontera á la que servía de objetivo, se tendría preparada una fajina, para que en hombros se hiciera la traslación de los deseados sacos de harina en el momento propicio.

Una de las compañías que se apostaran para efectuar los tiroteos, debía concurrir al ataque en el instante que el capitán Díaz, por las ventanas á que se ha hecho alusión, fusilara á los soldados enemigos; y, al efecto, se haría una indicación por Díaz, arrojando á la calle respectiva, por encima de la azotea, una granada de mano, cuyo estallido sería la señal de avance para tal fuerza.

Además, previendo que aun con la concurrencia de dicha tropa no bastaría, se acordó que el toque de diana dado por los asaltantes equivaldría á pedir refuerzos, que se mandarían.

Tal fué la atrevida combinación; y el capitán Díaz, olvidando su herida, mal cerrada todavía, corrió á desempeñar la parte que le tocaba, y no con los veinticinco granaderos que se le ofrecieran, sino con veinticinco guardias nacionales, que fueron los que al fin se pusieron á su disposición.

Eran las diez de la noche del día 7 de Enero de 1858. Espesa sombra envolvía la ciudad de Oaxaca; y de uno á uno, como estaba convenido, entre las tinieblas atravesaron la calle de separación los veinticinco hombres encargados de la parte principal de la operación acordada. Díaz tomó la delantera de ellos, y forzó por sí mismo la puerta de la primera casa por donde iba á penetrar en la manzana enemiga; luego, tras de ese preliminar, siguió el trabajo de horadación. Con el corazón palpitando fuerte, la respiración anhelante, el ojo avizor y el oído alerta, una tras otra se fueron pasando las casas, cuyas paredes, de adobe todas, no presentaron gran resistencia á los instrumentos de perforación. Para hacer más practicable el regreso por aquel lóbrego laberinto de avance, se tenía

que dejar un hombre en cada azotea, y otro abajo en cada casa. Por tal manera, el capitán llegó con sólo trece soldados al lugar donde iba á tener efecto el previsto terrible combate.

Medrosos los hombres, con el dedo inicial sobre el llamador del fusil, cuyo cañón amenazador se dirigía hacia adelante; los cuerpos inclinados; la vista penetrando entre las sombras al frente; pisando quedo, son arrastrados por el valeroso ejemplo del superior, que espada en mano atraviesa rápido el último patio para entrar en las piezas por cuyas ventanas debía comenzar el fuego. Se apelotonaron los trece; el rumor del último supremo acuerdo se escuchó entre ellos; entraron, y la granada de mano que debía servir de señal á la compañía auxiliadora, arrojada por un soldado desde las azoteas, estalló en la calle. Tras el estallido aquel, los fusilazos certeros á quemarropa y por sorpresa, dirigidos de las predichas ventanas sobre los defensores de la trinchera enemiga, pusieron en fuga á éstos, obligándoles á refugiarse en la tienda donde estaba el resto de la gente encargada del puesto, tienda comunicada con la casa en que se hallaban los asaltantes. Éstos, dirigidos por su capitán, corren á la pieza de la trastienda, y allí se traba el tremendo combate, puerta de por medio.

La armazón de la tienda relacionada, paralela á la pared, formaba con ella un angosto pasillo, que pronto quedó obstruido con cadáveres; los fogonazos alumbraban la feroz sangrienta refriega, que se prolongaba angustiosa, indefinidamente. Corrieron los treinta minutos de una media hora mortal, y los auxilios no llegaban, y el enemigo tuvo tiempo de mandar y hacer llegar refuerzos á los suyos, consistentes en 200 hombres del 9.º de línea, á las órdenes del teniente coronel Manuel González (1). Felizmente, el angosto y á cada momento más obstruido pasillo de comunicación entre unos y otros combatientes, hacía imposible que pudieran aglomerarse de pronto sobre los bravos asaltantes todos sus numerosos contrarios.

Y la compañía auxiliadora no llegaba, y Díaz, ya en el último trance, manda á su corneta tocar la diana que serviría para expresar que á toda costa demandaba protección; pero descorazonóse al escuchar que las fuerzas de Santo Domingo y el Carmen repetían aquel toque de diana y echaban á vuelo las campanas, lo cual significaba que mal podía ser atendido el toque si no era comprendida su situación apremiadora.

Persuadido así de que toda la combinación había fracasado, intenta retirarse, y pinta el caso con estas breves palabras en su Autobiografía:

«Después de más de media hora de combate, y cuando había perdido en la trastienda nueve hombres, quedándome sólo tres soldados y el corneta, convencido de que no tendría ayuda, arrojé sobre la tienda granadas de mano encendidas, que portábamos en sacos de ración, para ver de lograr así los rápidos instantes de detención que produjera en el enemigo ese avivamiento de fuego, á fin de retirarme sin ser fusilado ó acuchillado por la espalda.»

Luego prosigue: «En mi retirada, tuve la desgracia de perder el trayecto de las horadaciones, porque al apercibirse los soldados que yo había dejado apostados en el camino, de que era rechazado, habían huído; y así, en lugar de dirigirme por donde estaba la horadación de una de las casas, tomé otro rumbo; pero, por fortuna mía, dí con una tapia que no era muy alta y pude salvarla cuando ya tenía á la vista á mis perseguidores. Mi extravío sirvió para extravíarlos de los pasos de horadación, y me dieron, por tal manera, tiempo suficiente para entrar en mi línea de defensa. Así

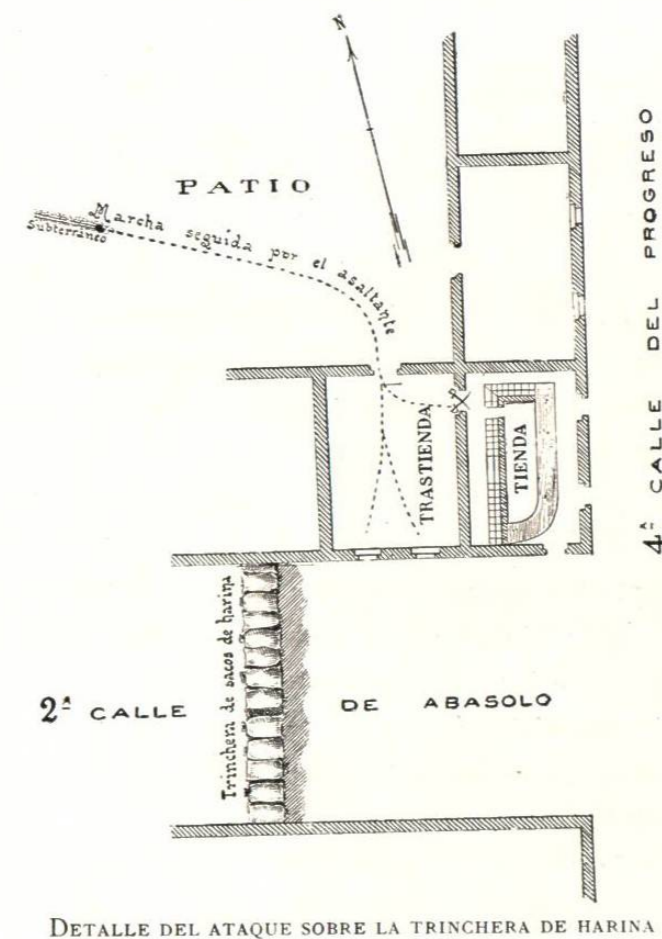
(1) Este jefe llegó á ser general de división, y fué electo Presidente de la República en 1880.

fracasó esta operación, que tantas esperanzas nos había dado de conseguir algunos víveres para las fuerzas sitiadas.»

¿Qué había sucedido? El general Díaz, en su Autobiografía, dice simplemente que sin duda el coronel Mejía no explicó bien lo que debían hacer las fuerzas que tenían de concurrir al asalto, y que sabe que no oyó su toque de diana, con que pedía los últimos auxilios; y añade este concepto: «...pues tanto los oficiales como los soldados de las dos compañías que estaban á prevención, eran de mucho brío, me tenían afecto, y deseaban compartir conmigo el peligro y la gloria de la empresa.»

Por virtud de los esfuerzos de la lucha, y los necesarios para el escalamiento de paredes, se reabrió la mal cerrada herida del protagonista del trágico episodio que acabamos de referir, y en su camino de retirada dejó el rastro de su sangre.

¡Qué situaciones, qué cuadros! El callado desfile de un fantasma negro, tras otro fantasma, hasta ser veinticinco, atravesando la calle tenebrosa. La aparición silenciosa, fantástica, del grupo informe en el patio de la última casa, apercibiéndose para el sacrificio; grupo que pasa rápido, con los cuerpos enarcados, embrazando el fusil y la vista atravesando las sombras. El encuentro supremo, alumbrado por rojos fogonazos, sirviendo de fondo obscuro á aquellos clareos rojos, el negror de una puerta y un pasillo estrecho, sembrado de cadáveres en actitudes trágicas, sobre los que se levantaban feroces los viriles combatientes, centellante la mirada, rápida la acción, pavorosa la caída... Después, al fin, la retirada, ¡y el jefe de aquel grupo heroico, dejando en ella el rastro de su sangre!...



DETALLE DEL ATAQUE SOBRE LA TRINCHERA DE HARINA

Por la naturaleza de acero de Díaz, pasó sin hacer estrago aquel percance de su herida reabierta.

Por lo demás, los víveres seguían escaseando entre los sitiados, y uno tras otro sucedíanse los días, dejando cada cual más miseria para el siguiente. Otra semana más pasó, tras de la en que tuvo efecto el terrible episodio motivado por la barricada compuesta de sacos de harina, y la desmoralización crecía.

Ante aquella situación, el gobernador y el jefe de las armas acordaron que se efectuara una retirada rumbo á la sierra, rompiendo el sitio por sorpresa, en un instante propicio; mas conocido este propósito por la oficialidad, joven y belicosa, se dijo en sus conversaciones, sin reserva alguna, que á la huida, que presentaba todos los peligros, era preferible un combate á muerte con el enemigo. El ardoroso invariable sentir de la oficialidad, que se transmitía á la tropa, llega luego á conocimiento de los superiores; y comprendiendo que á la corriente, desbordante ya, no debía oponerse una resistencia acaso inútil, se optó por aprovechar los valerosos ímpetus, aunque pudiera servir ello de cruel

castigo para los que los sentían. Así las cosas, el general Díaz dice en su Autobiografía lo siguiente, sobre la forma en que tuvo efecto el combate que se resolvió llevar á cabo:

«Decidido el combate, se organizaron para el asalto tres columnas de cerca de doscientos hombres cada una. La primera, que debía atacar por las calles de Sangre de Cristo, Estanco y Sagrario, se puso á las órdenes del teniente coronel D. José María Batalla, y como segundo al capitán D. Vicente Altamirano; la segunda columna, que debía hacer un ataque paralelo por las calles del Carmen de Arriba, Campana y Colegio de Niñas, era mandada por el teniente coronel D. Manuel Velasco, y por mí como segundo; y la tercera, que debía atacar por la calle de la Barranca, paralela también hasta la esquina de la Virgen de Piedra, se puso á las órdenes del teniente coronel D. José María Ballesteros, y como segundo al capitán D. Luis Terán. La de reserva, que debía marchar á retaguardia de las columnas de asalto sobre la huella de la segunda, que era la del centro, se componía de más de cuatrocientos hombres, mandada por el coronel Mejía.

»Al amanecer del día 16 de Enero de 1858 salieron simultáneamente las tres columnas por las calles que se les habían designado. A la mitad de la marcha de la primera columna cayó herido su jefe, teniente coronel Batalla, quien murió á pocas horas, y quedó gravemente herido el segundo jefe, capitán D. Vicente Altamirano. Sin embargo de esto, la columna siguió hasta la plaza de armas á las órdenes del capitán D. Mariano Jiménez. La segunda columna forzó la trinchera de la calle de la Cárcel, volteó el cañón que la defendía y marchó con él hasta el atrio de Catedral. La tercera columna llegó sin obstáculo hasta la esquina de la Concepción, y atacaba de flanco el Palacio, sin haber tenido que forzar más que una barricada de adobes que no tenía artillería. Detenida mi columna, que era la segunda, en la esquina formada por la Alameda del Centro, Catedral y Portal del Señor, se me incorporó la primera columna, que había quedado sin jefes y había penetrado forzando la trinchera del Estanco, pero toda en desorden.

»En los ataques fracasados que intentamos por dentro del Portal del Señor, nos mataron á algunos oficiales, sargentos y soldados é hirieron gravemente al teniente coronel Velasco, jefe de mi columna, por cuya circunstancia recayó en mí el mando. Organicé una nueva columna con el personal de la mía y el de la primera que se me había incorporado, y marché directamente al Palacio, por la plaza y por el Portal del Señor, quedando ya en el puesto que yo dejaba la columna de reserva, cuya cabeza llegaba en esos momentos; mientras, el capitán Terán avanzaba con parte de la tercera columna por la calle de la Concepción, concurriendo conmigo á la esquina del Palacio, y lo atacaba por la puerta del costado cuando yo penetraba por la principal. El enemigo, sorprendido de nuestra audacia, rechazado en diversas partes, rudamente batido por las dos puertas del Palacio, su último refugio, determinó abandonar en definitiva su posición, quedando derrotado y perdiendo, entre muertos y heridos, muchos oficiales y tropa, y dejándonos numerosos prisioneros, de los cuales más de treinta eran jefes y oficiales, así como una gruesa suma en numerario que acababa de recibir.

»El teniente coronel D. Manuel González salió el último, confundido entre nuestros propios soldados, que perseguían á los más tenaces del 9.º que huían; y al caérsele el tocado, hubo de volver el cuerpo para recogerlo, y entonces, por el distintivo que llevaba al pecho, la cruz roja, se advirtió que era de los contrarios, por lo cual se le hizo fuego, mas pudo salvarse.»

El papel principal en ese reñido combate, descrito sin pretensión, tocó al capitán, que quedó con el mando de la columna del centro, á la cual se uniera la de la derecha, con cuyas tropas entró

triunfante por la puerta principal de Palacio cuando el bravo capitán Terán atacaba y penetraba por la del flanco.

La situación desesperante de los sitiados se convirtió en victoria, debido al sentir ardiente y al obrar impetuoso de una brava oficialidad, en que descollaba y ejercía superior influencia el capitán Porfirio Díaz, ya afamado justamente entre las tropas de Oaxaca.

Por lo demás, aquella victoria fué bien costosa: ¡sus laureles, empapados en sangre amiga y enemiga, teñían de escarlata las frentes de los vencedores!

¡Tales eran las dolorosas luchas por la defensa de los principios!

